

El vacío

Por: BEGOÑA

La caída de la tarde iba dejando las calles silenciosas. Los labradores volvían a sus casas y las mujeres se afanaban por cerrar puertas y ventanas para que no salieran sus penas por ellas: desde pequeñas aprendieron que lo "malo" no debía airearse, sólo lo "bueno" y las mejores alfombras.

Un toque de campanas, triste pero familiar, les dio por unas horas aliciente para olvidar sus desengaños.

"¿Quién habrá sido esta vez?", se preguntaban con curiosidad.

-
-
-

María ya era viuda. Algunas mentes maliciosas parecían alegrarse: la vida le traía, al fin, una pena merecida.

- Siempre fue tan activa... -pensaban unos.

- Se sentía orgullosa de tener más que nadie... -decían otros.

- Ahora conocerá la soledad y sufrirá como todos... -rumiaban los menos rencorosos apenándose de su suerte.

María, ajena a todo tipo de comentarios, terminó los preparativos de la ceremonia con la ayuda de una vecina piadosa, aunque quizá demasiado aficionada a los ritos de la muerte.

No hubo llanto, sólo vacío, pero vacío conocido:

el mismo que nunca antes había podido compartir con nadie; y aquella amarga soledad, casi querida, que se hacía más real a cada momento, la misma que un día le hizo esconderse del mundo y enturbiar hasta su nombre. ¡Ay, su nombre!

¿Por qué la habrían bautizado con él? ¡Qué sin sentido! Nunca dejó que la llamaran por su nombre completo.

Esa noche un espeso silencio la envolvía mientras deambulaba sin objetivo por los largos pasillos de la casa.

Con la llegada del día, las numerosas visitas, que apenas osaban levantar la voz, no hicieron mucho por aliviar aquella angustia.

- ¡Hola, María! ¿Cómo estás? -preguntaban.

- Lo siento... era tan bueno... pero tranquila, el tiempo todo lo cura les ley de vida!

- Sí, sí lo es -respondía con los ojos llenos del infinito.

-
-
-

Pasó el otoño; las vecinas en el lavadero no dejaban de pensar en María, comentando que vagaba por las calles con la mirada perdida y triste, que pasaba las tardes sentada en la oscura entrada de su casa bordando un eterno retal de tela que no conseguían

averiguar si al fin sería sábana o mantel.

- ¡Callad, que ahí viene! -cuchicheó Sorpresa.

- ¡Hola, María! -gritaron a coro queriendo ocultar su disimulo.

- ¡Buenas tardes a todas!, vengo en busca de compañía. Me siento tan sola... - (sus palabras de lentas casi se arrastraban).

- ¡Claro, mujer, eso faltaría!, ¿traes algo que lavar? -preguntó Hipocresía.

- Mi alma -contestó-, está tan sucia que no recuerdo su color original. (El eco de su voz inundó el recinto. Los cuchicheos se confundían con el estallido de la ropa al chocar contra las piedras mojaditas).

- Se ha vuelto loca. No, si se veía venir -comentó Envidia.

- Ahora querrá que la consolemos... ¡tendrá cara! -clamó Reproche.

Pero María solamente oía un ritmo inquietante y profundo que se iba haciendo más y más patente.

- ¿Qué es ese ruido tan extraño? -preguntó.

Misericordia, con voz queda, le explicó:

- Debe ser la fuente nueva, ¡hace tanto tiempo que no venías por aquí! Tranquilízate, estás muy inquieta, debes calmarte, ven, acércate. (Lo dijo con tanta dulzura. Todas, y ella misma, se extrañaron de oír su voz: hacía mucho tiempo que perdiera la

costumbre de hablar inútilmente.).

María, sorprendida por la muestra de cariño, se dirigió hacia ella mientras sentía que se iba incrementando la opresión en su pecho.

- ¿Pero qué tienes mujer? ¡Qué barbaridad! Ese ruido que oías no era más que tu corazón -explicó maravillada.

- Yo no tengo corazón... hace mucho lo perdí.

- ¡No vas a tener...! -y cogiendo sus manos las llevó donde pudiera sentirlo con fuerza y luego las acercó a su pecho. (Se miraron largamente a los ojos y se sintieron inundadas de una cálida corriente.)

El agradecimiento se reflejó en todo el cuerpo de María.

- ¡Amiga mía! -sólo pudo decir.

Sonrientes buscaron la mirada de las otras mujeres, pero una a una se habían ido marchando sin saber muy bien qué estaba ocurriendo allí. Sólo quedaba Indecisión que no sabía si seguir lavando o ir a preparar la cena. Tanto temía perderse la "magia" de aquel momento como enfrentarse mañana a las burlas de las demás. Ya imaginaba sus reproches.

- Eres tonta, no sé cómo pudiste quedarte. Me daba vergüenza oírte -diría seguramente Remilgos.

Pero el encanto de aque-